

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año IV.

Domingo 17 de Julio de 1892.

Núm. 117.

SUSCRICION: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-tarjeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración
APÓSTOLES 11. BAJO.

Colaboradores todos los suscritores. La correspondencia al director. Número suelto 13 céntimos.

La Juventud Literaria.

SERAFIN BORRÓN

Como hay días en que se halla expuesto el más inocente de los mortales a sufrir malos tropiezos, tocóme ayer encontrarme con el tercer vástago de un mi amigo que es tan pródigo en dar hijos a su patria como en hacerse ilusiones, que vienen a caer al fin y a la postre sobre su honrado nombre de comerciante de géneros ultramarinos.

Tropecé, como digo, con Serafin Borrón, hijo de Torcuato, que es el susodicho tendero y amigo.

Es Serafin próximamente como de vara y media de alto, seco y transparente, sin pizca de sangre en las venas ni de sesos en la cabeza. Cursa desde hace varios años el segundo de latin y hay presunciones de que no pasará de él.

Dedicase Serafin a la literatura por consejo cariñoso del Borrón padre y como encuentra arrimo en la autoridad paterna, emborróna y estropea papel y gasta tinta, sin pizca de remordimiento. Y como al cabo de las veinticuatro horas del día, hace sobre doce composiciones poéticas entre sonetos, endechas, elegías y cantares, está expuesto a quedarse en breve plazo, sin el diminuto majín que posee, que es tan diminuto que podría medirse con el borde de la uña del dedo pequeño y aún sobraría uña.

Tanta como ignorancia tiene Serafin valentía, y así como los que tie-

nen fama de escritores se quedan a veces parados delante de las escabrosidades de un asunto y acaban por romper las euartillas, Serafin Borrón noseñor; Serafin oye hablar de electricidad, de comercio ó del moro Muza y endilga un artículo que no tiene pies ni cabeza, ni ortografía, ni sentido comun. Se casa un amigo, ò se muere una tía ò tiene una novia y allá van quintillas, redondillas ò elegias, según el caracter de la situación que dá lugar al desahogo *poético* de Serafin Borrón.

Yo me le encontré, como dije al principio y parecióme por instinto que el encuentro era pésimo y así resultó. Serafin saludóme, echó mano al bolsillo interior de la americana y sacó dos manojos de papeles, que a mi se me antojaron dardos envenenados. No lo creerán ustedes, pero allí mismo, dándome martirio delante de todos los que iban y venían, me leyó primero una cosa que él titulaba «Estudio filosófico sobre el cruzamiento de razas humanas,» y no era sino un conjunto de majaderías suyas y párrafos copiados de obras de otros. Como si aquél martirio no hubiera sido bastante me recitó a renglón seguido un poema en sesenta cantos, dedicado al *gran Colón, primer descubridor* (así le llamaba) *del Mundo nuevo*, y me hubiera leído varios cantares a no haberse hecho de noche.

Rogome que diese aquellos trabajos a algún amigo director de periódico. Prometile hacerlo así para que me dejase en paz, y nos separamos. Aquel plantón me causó un dolor de

cabeza y un catarro, que me tuvieron en cama cuatro días.

Desde entonces cada vez que veo a ese ó a otros Serafines Borrónes, huyo como del demonio.

Huyan ustedes también.

MENESTRA

Varios aspirantes a un goloso destino, tuvieron noticias de que el que le desempeñaba se hallaba en peligro de muerte. A partir de este instante, aquellos le visitaron todos los días ansiosos de un resultado *satisfactorio* a sus deseos; pero al fin sobrevino inesperada crisis, y el enfermo recobró la salud, casi por arte de magia.

El día del suceso, uno de los solicitantes bajaba de la habitación del doliente, cuando tropezó en la escalera con otro compañero de anhelos que subía.

—¿Y bien?—preguntó este último.

—¡Ay, amigo mío!... ¡perdidas las esperanzas!—le contestó con acento compungido.

* * *

Dos jóvenes paseando por Floridablanca.

—Y al fin ¿te casas ó no?—pregunta el más viejo a su acompañante.

—No. Y no es esto lo peor, sino que al pedir la satisfacción de sus palabras me he convencido de que Luisa tenía razón.

—¿Cómo?

—De veras. Al sentirme morir de amor por sus hechizos, la dirigí una carta ofreciéndola corazón y mano, y asegurándola también por escrito, que era *ombre* dispuesto a cumplir palabra empeñada. Este fué el origen de mi perdición. Aquella misma noche en Floridablanca, Luisa manifestó que yo no era *ombre* que la satisfacía.—¿Por qué?—He rugido casi al interpellarla.

—¿Y ella qué te contestó?

—Que no la satisfacía porque... me faltaba una *h*... Y en efecto, me la *comí* en la maldita carta, ocasionando mi eterno pesar.

K. NUTO.

